

CONTEMPLACIÓN



FRANZ KAFKA *se*

Contemplación (*Betrachtung* en el original alemán), traducida también como *Meditaciones* o *Percepciones*, fue la primera obra publicada por Franz Kafka, a finales de 1912. En esta colección de dieciocho relatos brevísimos, algunos de apenas unas líneas, el escritor checo, que escribió las primeras piezas de la obra recién entrado en la veintena, acerca su prosa al terreno de la poesía, sin dejar de lado el trasfondo filosófico y fantástico que desarrollaría en sus escritos posteriores y le valdría la admiración e imitación póstumas del universo literario.



Franz Kafka

Contemplación

ePub r1.0

SergioS 25.12.13

Título original: *Betrachtung*

Franz Kafka, 1912

Traducción: Juan Rodolfo Wilcock

Diseño de portada: Piolin

Ilustración de portada: Ernst L. Kirchner, *Mujer frente al espejo*

Editor digital: SergioS

ePub base r1.0



Para M. B. [\[1\]](#)

FRANZ KAFKA

NIÑOS EN UN CAMINO DE CAMPO

Yo oía pasar los coches junto a la cerca del jardín, muchas veces los veía a través de los intersticios apenas oscilantes del follaje. ¡Cómo crujía en el cálido verano la madera de sus ruedas y varas! Del campo volvían los labradores, y se reían escandalosamente.

Yo estaba sentado en nuestro pequeño columpio, descansando entre los árboles del jardín de mis padres.

Del otro lado de la cerca el ruido no cesaba. Los pasos de los niños que corrían desaparecían en un instante; carros de cosechadores, con hombres y mujeres arriba y alrededor, oscurecían los canteros de flores; hacia el atardecer veía a un señor con un bastón, que se paseaba, y a un par de muchachas que venían cogidas del brazo en dirección opuesta, y se hacían a un lado sobre el césped, saludándole.

Luego los pájaros se lanzaban al espacio, como salpicaduras; yo los seguía con los ojos, los veía subir de un solo impulso, hasta que ya no me parecía que ellos subieran, sino que yo caía; debía sostenerme de las sogas, y comenzaba a balancearme un poco, de debilidad. Pronto me columpiaba con más fuerza, el aire refrescaba y en vez de los pájaros en vuelo aparecían temblorosas estrellas.

Cenaba a la luz de una bujía. A menudo apoyaba ambos brazos en la madera, y ya cansado, comía mi pan con manteca. Las agujereadas cortinas se hinchaban bajo el cálido viento, y muchas veces alguno que pasaba por afuera las sujetaba con la mano, como si quisiera verme mejor y hablar conmigo. Generalmente la bujía se apagaba de golpe y en el humo oscuro de la vela seguían girando un rato los insectos. Si alguien me interrogaba desde la ventana, yo le miraba como se mira una montaña o el vacío, y tampoco a él le importaba mucho que yo le respondiera.

Pero si alguien saltaba sobre el alféizar de la ventana, y me anunciaba que los demás estaban ya frente a la casa, yo me levantaba lanzando un suspiro.

—¿Y ahora por qué suspiras? ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna extraña desgracia, que jamás podrá remediar? ¿Nunca más podremos ser lo que éramos antes? Realmente, ¿todo está perdido?

Nada estaba perdido. Salíamos corriendo de la casa.

—Gracias a Dios, por fin has llegado.

—Siempre llegas tarde.

—¿Sólo yo llego tarde?

—Tú más que los otros; quédate en tu casa si no quieres venir con nosotros.

—¡Sin cuartel!

—¿Qué? ¿Sin cuartel? ¿Qué estás diciendo?

Nos sumergíamos de cabeza en el atardecer. No existían ni el día ni la noche. Tan pronto se entrechocaban como dientes los botones de nuestros chalecos como

corríamos regularmente espaciados, con fuego en la boca, como animales del trópico. Como los coraceros de las guerras antiguas, saltando hacia los aires y pisando fuerte, nos empujábamos mutuamente a lo largo de la corta callejuela, y con ese impulso todavía en las piernas seguíamos un trecho por el camino principal. Algunos se metían en las alcantarillas, y apenas habían desaparecido frente al oscuro terraplén, cuando ya se les veía como forasteros en el sendero de arriba, desde donde nos gritaban.

—¡Bajad!

—¡Primero subid vosotros!

—Para que nos tiréis abajo; no, gracias, no somos tan tontos.

—Tan cobardes, querréis decir. Venid en seguida, venid.

—¿De veras? ¿Vosotros? ¿Nada menos que vosotros queréis tirarnos abajo? Me gustaría verlo.

Hacíamos la prueba, nos daban un empellón en el pecho y caíamos sobre la hierba de la alcantarilla, encantados. Todo nos parecía uniformemente cálido, en la hierba no sentíamos ni calor ni frío, solamente cansancio.

Cuando uno se volvía sobre el costado derecho, con la mano debajo de la oreja, sentía deseos de dormir. Pero uno quería volver a levantarse, con la barbilla erguida, sólo para volver a caer en una zanja más honda. Con el brazo extendido y las piernas abiertas, uno quería lanzarse al aire, y caer sin duda en una zanja aún más profunda. Y hubiéramos deseado seguir indefinidamente este juego.

Cuando llegábamos a las últimas alcantarillas no nos preocupaba la mejor manera de echarnos para dormir, especialmente si estábamos de rodillas, y permanecíamos de espaldas, como enfermos, con ganas de llorar. Parpadeábamos a veces, cuando algún niño con las manos en la cintura saltaba con sus oscuras suelas del terraplén al camino, por encima de nosotros.

La luna había llegado ya a cierta altura, y alumbraba el paso del coche del correo. Una suave brisa comenzaba a soplar en todas partes, también se la sentía en el fondo de las zanjas; en las cercanías, el bosque empezaba a susurrar. Entonces uno no sentía tantos deseos de estar solo.

—¿Dónde estáis?

—¡Venid aquí!

—¡Todos juntos!

—¿Por qué te escondes? Déjate de tonterías.

—¿No has visto que ya pasó el correo?

—¡No! ¿Ya pasó?

—¡Naturalmente! Mientras dormías, pasó por el camino.

—¿Yo dormía? No puede ser.

—Cállate, si se te ve en la cara.

—Pues te digo que no.

—Ven.

Corríamos más apretados, muchos se daban la mano, llevábamos la cabeza lo más erguida que podíamos, porque el camino bajaba. Alguien lanzaba el grito de guerra de las pieles rojas, nuestras piernas se lanzaban a galopar como nunca; al saltar, el viento nos alzaba por la cintura. Nada hubiera podido detenernos; corríamos con tal ímpetu que aún cuando alcanzábamos a alguno podíamos cruzar los brazos y mirar tranquilamente en torno.

Junto al puente del arroyo nos deteníamos; los que habían seguido corriendo, volvían. Debajo, el agua golpeaba contra las piedras y las raíces, como si no hubiera anochecido aún. No había ningún motivo para que alguno de nosotros no saltara sobre el parapeto del puente.

Detrás del follaje distante pasaba un tren, todos los vagones estaban iluminados, las ventanillas bien cerradas. Uno de nosotros comenzaba a entonar una canción callejera; pero todos queríamos cantar. Cantábamos mucho más rápido que el tren, nos cogíamos del brazo, porque las voces no bastaban; nuestros cantos se unían en un estrépito que nos hacía bien. Cuando uno mezcla su voz con la de los demás, es como si se lo llevaran con un anzuelo.

Así cantábamos, de espaldas al bosque, para los oídos de los viajeros lejanos. En el pueblo, los mayores estaban despiertos todavía, las madres preparaban las camas para la noche.

Ya era la hora. Yo besaba al que estaba a mi lado, daba la mano a los tres que estaban más cerca, y echaba a correr por el camino; nadie me llamaba. En el primer cruce, donde ya no podían verme, me volvía y retornaba corriendo al bosque. Iba hacia la ciudad, que quedaba hacia el sur del bosque; de ella decían en nuestro pueblo:

—Allí sí hay gente extraña. Imagínense que no duermen.

—¿Y por qué no duermen?

—Porque no están nunca cansados.

—¿Y por qué no?

—Porque son tontos.

—¿Y los tontos no se cansan?

—¿Cómo van a cansarse los tontos?

DESENMASCARAMIENTO DE UN EMBAUCADOR

FINALMENTE, hacia las diez de la noche, llegué con aquel hombre a quien apenas conocía, y que no se había despegado de mí durante dos largas horas de paseos por las calles, frente a la casa señorial donde tendría lugar una reunión a la que me habían invitado.

—Bueno —dije, y junté ruidosamente las palmas de las manos, para indicarle la necesaria inminencia de una despedida.

Ya había hecho algunas tentativas menos explícitas, y estaba bastante cansado.

—¿Piensa entrar ya? —me preguntó.

De su boca surgía un ruido como de dientes que se entrechocaban.

—Sí.

Yo estaba invitado; ya se lo había dicho una vez. Pero invitado a entrar en esa casa, donde tantos deseos tenía de entrar, y no a quedarme allí, ante la puerta, mirando más allá de la oreja de mi interlocutor, ni a guardar silencio como si hubiéramos decidido quedarnos eternamente en ese lugar. Ya compartían ese silencio las casas que nos rodeaban, y la oscuridad que de ellas ascendía hasta las estrellas. Y los pasos de algún transeúnte invisible, cuyo destino uno no sentía deseos de investigar; el viento, que azotaba insistente el lado opuesto de la calle, un gramófono, que cantaba detrás de la ventana cerrada de alguna habitación... todos querían participar de este silencio, como si les hubiera pertenecido para siempre.

Y mi acompañante se suscribía en su nombre, y después de una sonrisa, también en el mío, extendiendo hacia arriba el brazo derecho, contra la pared, y apoyando la cara contra ella, con los ojos cerrados.

Pero no quise ver el final de esa sonrisa, porque de pronto se apoderó de mí la vergüenza. Sólo ante esa sonrisa me había dado cuenta de que aquel hombre era un embaucador, y nada más. Y sin embargo ya hacía meses que me encontraba en esa ciudad, ya creía conocer perfectamente a estos embaucadores, que de noche vienen hacia nosotros con las manos extendidas, como taberneros, emergiendo de las calles secundarias; que rondan constantemente en torno de los postes de propaganda, a nuestro lado, como si jugaran al escondite, y nos espían desde el otro lado del poste, por lo menos con un ojo; que de pronto aparecen en las esquinas, cuando estamos indecisos, sobre el borde de la acera. Sin embargo, yo los comprendía perfectamente, porque eran las primeras personas que había conocido en las pequeñas posadas de la ciudad, y a ellos les debía los primeros signos de una intransigencia que siempre me había parecido una cualidad tan universal, y que ahora comenzaba a asomar en mí. ¡Cómo se adherían a uno, aun cuando uno se alejara de ellos, aun cuando uno les hubiera negado la más mínima esperanza! ¡Cómo no se desalentaban, cómo no cejaban, e insistían en mirarnos con rostros que aun desde lejos seguían siendo

suplicantes! Y sus recursos eran siempre los mismos: se colocaban frente a nosotros, lo más visiblemente posible; trataban de impedir que fuéramos donde queríamos ir; nos ofrecían en cambio un asilo en su propio pecho, y cuando por fin el sentimiento contenido en nosotros estallaba, lo aceptaban dichosos, como si fuera un abrazo en el que impetuosamente se sumergían.

Y yo había sido capaz de estar tanto tiempo al lado de ese hombre sin reconocer el viejo juego. Me froté las yemas de los dedos, para borrar esa infamia.

Pero el hombre seguía inclinado hacia mí, como antes, considerándose todavía un perfecto embaucador; su complacencia ante su propio destino le coloreaba la mejilla descubierta.

—¡Descubierto! —le dije, y le palmeé suavemente el hombro. Luego subí con rapidez por la escalinata, y los rostros de los criados en el vestíbulo, desinteresadamente afectuosos, me alegraron como una hermosa sorpresa. Les contemplé uno por uno, mientras me quitaban el abrigo y me limpiaban los zapatos. Respirando con alivio, y con el cuerpo erguido, entré en la sala.

EL PASEO REPENTINO

CUANDO uno parece haberse decidido definitivamente a pasar la velada en casa, cuando se ha puesto la chaqueta más cómoda, se ha sentado después de la cena frente a la mesa iluminada, y ha comenzado algún trabajo o algún juego, después del cual podrá irse tranquilamente a la cama, como de costumbre; cuando afuera hace mal tiempo, y quedarse en casa parece lo más natural; cuando ya hace tanto tiempo que uno está sentado junto a la mesa que el mero hecho de salir provocaría la sorpresa general; cuando además el vestíbulo está a oscuras y la puerta de la calle con cerrojo; y cuando a pesar de todo uno se levanta, presa de repentina inquietud, se quita la chaqueta, se viste con ropa de calle, explica que se ve obligado a salir, y después de una breve despedida sale, cerrando con mayor o menor estrépito la puerta de la calle, según el grado de ira que uno cree haber provocado; cuando uno se encuentra en la calle, y ve que sus miembros responden con singular agilidad a esa inesperada libertad que les ha concedido; cuando gracias a esta decisión uno siente reunidas en sí todas las posibilidades de decisión; cuando uno comprende con más claridad que de costumbre que posee más poder que necesidad de provocar y soportar con facilidad los más rápidos cambios, y cuando uno recorre así las largas calles; entonces, por una noche, uno se ha separado completamente de su familia, que se desvanece en la nada, y convertido en una silueta vigorosa y de atrevidos y negros trazos, que se golpea los muslos con la mano, adquiere su verdadera imagen y estatura.

Todo esto resulta más decisivo aún si a estas altas horas de la noche uno decide ir a casa de un amigo, para ver cómo está.

RESOLUCIONES

EMERGER de un estado de melancolía debiera ser fácil, aun a fuerza de pura voluntad. Trato de levantarme de la silla, rodeo la mesa, pongo en movimiento la cabeza y el cabello, hago fulgurar mis ojos, distiendo los músculos en torno. Desafiando mis propios deseos, saludo con entusiasmo a A. cuando viene a visitarme, tolero amablemente a B. en mi habitación, y a pesar del sufrimiento y el cansancio trago a grandes bocanadas todo lo que dice C.

Pero a pesar de todo, con un simple desliz que no hubiera podido evitar, destruyo toda mi labor, lo fácil y lo difícil, y me veo preso nuevamente en el mismo círculo anterior.

Por lo tanto, tal vez sea mejor soportarlo todo, pasivamente, comportarse como una mera masa pesada, y si uno se siente arrastrado, no dejarse inducir al menor paso innecesario, mirar a los demás con la mirada de un animal, no sentir ningún arrepentimiento, en fin, ahogar con una sola mano el fantasma de vida que aún subsista, es decir, aumentar en lo posible la postrera calma sepulcral, y no dejar subsistir nada más.

Un movimiento característico de este estado consiste en pasarse el dedo meñique por las cejas.

LA EXCURSIÓN A LA MONTAÑA

No sé —exclamé sin voz—, realmente no sé. Si no viene nadie, nadie viene. No hice mal a nadie, nadie me hizo mal, y sin embargo nadie quiere ayudarme. Absolutamente nadie. Y sin embargo no es así. Simplemente, nadie me ayuda; si no, absolutamente nadie me gustaría. Me gustaría mucho —¿por qué no?— hacer una excursión con un grupo de absolutamente nadie. Naturalmente, a la montaña; ¿adónde, si no? ¡Cómo se apiñan esos brazos extendidos y entrelazados, todos esos pies con sus innúmeros pasitos! Por supuesto, todos están vestidos de etiqueta. Vamos tan contentos, el viento se cuela por los intersticios del grupo y de nuestros cuerpos. En la montaña nuestras gargantas se sienten libres. Es asombroso que no cantemos.

DESDICHA DEL SOLTERO

PARECE tan terrible quedarse soltero, ser un viejo que tratando de conservar su dignidad suplica una invitación cada vez que quiere pasar una velada en compañía de otros seres; estar enfermo y desde el rincón de la cama contemplar durante semanas el cuarto vacío, despedirse siempre ante la puerta de la calle, no subir nunca las escaleras junto a su mujer, sólo tener una habitación con puertas laterales que conducen a habitaciones de extraños, traer la cena a casa en un paquete, tener que admirar a los niños de los demás y ni siquiera poder seguir repitiendo «Yo no tengo», modelar su aspecto y su proceder según el modelo de uno o dos solterones que uno conoció cuando era joven.

Así será, pero también hoy y más tarde, en realidad, será uno mismo quien está allí, con un cuerpo y una cabeza reales, y también una frente, para poder golpeársela con la mano.

EL COMERCIANTE

Es posible que algunas personas se compadezcan de mí, pero no me doy cuenta. Mi pequeño negocio me colma de preocupaciones, que me hacen doler la frente y las sienes, adentro, sin ofrecerme sin embargo perspectivas de alivio, porque mi negocio es pequeño.

Durante horas debo preparar las cosas con anticipación, vigilar la memoria del empleado, evitar de antemano sus temibles errores, y durante una temporada prever las modas de la temporada próxima, no como serán entre las personas de mi relación, sino entre inaccesibles campesinos.

Mi dinero está en manos de desconocidos; sus finanzas me son incomprensibles; no adivino las desgracias que pueden sobrevenirles; ¡cómo hacer para evitarlas! Tal vez se han vuelto prodigios, y ofrecen una fiesta en un restaurante y otros se demoran un momento en esa misma fiesta, antes de huir a América.

Cuando después de un día de labor cierro el negocio, y me encuentro de pronto con la perspectiva de esas horas en que no podré hacer nada para satisfacer sus ininterrumpidas necesidades, entonces vuelve a apoderarse de mí como una marea creciente la agitación que por la mañana había logrado alejar, pero ya no puedo contenerla, y me arrastra sin rumbo.

Y sin embargo no sé sacar ventaja de este impulso, y sólo puedo volver a mi casa, porque tengo la cara y las manos sucias y sudadas, la ropa manchada y polvorienta, el gorro de trabajo en la cabeza y los zapatos desgarrados por los clavos de los cajones. Vuelvo como llevado por una ola, haciendo chasquear los dedos de ambas manos, y acaricio el cabello de los niños que me salen al paso.

Pero el camino es corto. Apenas llego a mi casa, abro la puerta del ascensor y entro.

Entonces descubro de pronto que estoy solo. Otras personas, que deben subir escaleras, y por lo tanto se cansan un poco, se ven obligadas a esperar jadeando que les abran la puerta de su domicilio, y tienen así una excusa para irritarse e impacientarse; entran luego en el vestíbulo, donde cuelgan sus sombreros, y sólo después de atravesar el corredor, a lo largo de varias puertas acristaladas entran en su habitación, y están solos.

Pero yo ya estoy solo en el ascensor, y miro de rodillas el angosto espejo. Mientras el ascensor comienza a subir, digo:

—¡Quietas, retroceded! ¿Adónde queréis ir, a la sombra de los árboles, detrás de los cortinajes de las ventanas, o bajo el follaje del jardín?

Hablo entre dientes, y la caja de la escalera se desliza junto a los vidrios opacos, como el agua de un torrente.

—Volad lejos de aquí; vuestras alas, que nunca pude ver, os llevarán tal vez al

valle pueblerino, o hacia París, si allá queréis ir.

»Pero aprovechad para mirar por la ventana, cuando llegan las procesiones por las tres calles convergentes, sin darse paso, y se entrecruzan para volver a dejar la plaza vacía, cuando las últimas filas se alejan. Agitad vuestros pañuelos, indignaos, emocionaos, elogiad a la hermosa dama que pasa en coche.

»Cruzad el arroyo por el puente de madera, saludad a los niños que se bañan, y asombraos ante el «¡Hurra!» de los mil marineros del acorazado distante.

»Seguid al hombre inconspicuo, y cuando le hayáis acorralado en un zaguán, robadle, y luego contemplad, con las manos en vuestros bolsillos, cómo prosigue su camino tristemente por la calle de la izquierda.

»Los policías, galopando dispersos, frenan sus cabalgaduras y os obligan a retroceder. Dejadles, las calles vacías les desanimarán, lo sé. Ya se alejan, ¿no os lo dije?, cabalgando de dos en dos, lentamente al volver las esquinas, y a toda velocidad cuando cruzan la plaza.

Y entonces debo salir del ascensor, mandarlo hacia abajo, hacer sonar la campanilla de mi casa, y la criada abre la puerta, mientras yo la saludo.

CONTEMPLACIÓN DISTRAÍDA EN LA VENTANA

¿QUÉ podemos hacer en estos días de primavera, que ya se aproximan rápidamente? Esta mañana temprano, el cielo estaba gris, pero si ahora uno se asoma a la ventana, se sorprende y apoya la mejilla contra la falleba.

Abajo, se ve la luz del sol feneciente sobre el rostro de la doncellita que se pasea mirando a su alrededor; al mismo tiempo se ve en él la sombra de un hombre que se acerca rápidamente.

Y luego el hombre pasa, y el rostro de la niña está totalmente iluminado.

CAMINO DE CASA

DESPUÉS de una tempestad, se ve el poder de persuasión del aire. Mis méritos se me hacen evidentes, y me dominan, aunque yo no les ofrezco ninguna resistencia.

Ando, y mi compás es el compás de este lado de la calle, de la calle, del barrio entero. Por derecho, soy responsable de todas las llamadas en las puertas, de todos los golpes sobre las mesas, de todos los brindis, de todas las parejas de amantes en sus lechos, en los andamiajes de las construcciones, en las calles oscuras, apretados contra los muros de las casas, en los divanes de los prostíbulos.

Comparo mi pasado con mi futuro, pero ambos me parecen admirables, no puedo otorgar la palma a ninguno de los dos, y sólo protesto ante la injusticia de la Providencia, que me ha favorecido tanto. Pero cuando entro en mi habitación, me siento un poco pensativo, aunque al subir las escaleras no me he encontrado con nada que justifique ese sentimiento. No me sirve de mucho abrir de par en par la ventana, y oír que todavía están tocando música en un jardín.

TRANSEÚNTES

CUANDO uno sale a caminar de noche por una calle, y un hombre, visible desde muy lejos —porque la calle es empinada y hay luna llena—, corre hacia nosotros, no le detenemos, ni siquiera si es débil y andrajoso, ni siquiera si alguien corre detrás de él gritando; le dejamos pasar.

Porque es de noche, y no es culpa nuestra que la calle sea empinada y la luna llena; además, tal vez esos dos organizaron una cacería para entretenerse, tal vez huyen de un tercero, tal vez el primero es perseguido a pesar de su inocencia, tal vez el segundo quiere matarle, y no queremos ser cómplices del crimen, tal vez ninguno de los dos sabe nada del otro, y se dirigen corriendo por su cuenta hacia la cama, tal vez son noctámbulos, tal vez el primero lleva armas.

Y finalmente, de todos modos, ¿no podemos acaso estar cansados, no hemos bebido tanto vino? Nos alegramos de haber perdido de vista también al segundo.

COMPAÑERO DE VIAJE

ESTOY en la plataforma del tranvía, completamente en ayunas en lo que respecta a mi posición en este mundo, en esta ciudad, en mi familia. Ni siquiera por casualidad sabría indicar qué derechos me asisten y me justifican, en cualquier sentido que se quiera. Ni siquiera puedo justificar por qué estoy en esta plataforma, me cojo a esta correa, me dejo llevar por este tranvía, las personas esquivan el tranvía, o siguen su camino, o contemplan los escaparates. Nadie me exige esa justificación, pero eso no importa.

El tranvía se acerca a una parada; una joven se acerca al estribo, dispuesta a bajar. Me parece tan definida como si la hubiera tocado. Esta viste de negro, los pliegues de su falda casi no se mueven, la blusa es ceñida y tiene un cuello de encaje blanco fino, su mano izquierda se apoya de plano sobre el tabique, el paraguas de su mano derecha descansa sobre el segundo peldaño. Su rostro es moreno, la nariz, levemente contraída a los lados, es en la punta redonda y ancha. Tiene una abundante cabellera oscura y pelillos dispersos en la sien derecha. Su diminuta oreja es breve y compacta, pero como estoy cerca puedo ver todo el pabellón de la oreja derecha, y la sombra en la raíz.

En ese momento me pregunté: «¿Cómo es posible que no esté asombrada de sí misma, que sus labios estén cerrados y no digan nada por el estilo?».

VESTIDOS

MUCHAS veces, cuando veo vestidos que con sus múltiples pliegues, volantes y adornos oprimen bellamente hermosos cuerpos, pienso que no conservarán mucho tiempo esa tersura, que pronto mostrarán arrugas imposibles de planchar, polvos tan profundamente confundidos con el encaje, que ya no se podrá cepillarlos, y que nadie querrá ser tan ridículo y tan desdichado que use el mismo costoso vestido desde la mañana hasta la noche.

Y sin embargo encuentro jóvenes que son bastante hermosas y dejan ver variados y atractivos músculos y delicados huesos y tersa piel y masas de cabello sutil, y que no obstante día tras día aparecen con esta especie de disfraz natural, y siempre se apoyan en la misma mano y reflejan en su espejo el mismo rostro.

Sólo a veces, de noche, cuando vuelven tarde de alguna fiesta, sus vestidos parecen en el espejo raídos, deformados, sucios, ya vistos por demasiada gente, y casi impresentables.

EL RECHAZO

CUANDO encuentro una hermosa joven y le ruego: «Tenga la bondad de acompañarme», y ella pasa sin contestar, su silencio quiere decir esto:

—No eres ningún duque de famoso título, ni un fornido americano con porte de piel roja, con ojos equilibrados y tranquilos, con una piel curtida por el viento de las praderas y de los ríos que las atraviesan, no has hecho ningún viaje por los grandes océanos, y por esos mares que no sé dónde se encuentran. En consecuencia, ¿por qué yo, una joven hermosa, habría de acompañarte?

—Olvidas que ningún automóvil te pasea en largos recorridos por las calles; no veo a los caballeros de tu séquito que se abalanzan detrás de ti, y que te siguen en estrecho semicírculo, murmurándote bendiciones; tus pechos parecen perfectamente comprimidos en tu blusa, pero tus caderas y tus muslos los compensan de esa opresión; llevas un vestido de tafetán plegado, como los que tanto nos alegraron el otoño pasado, y sin embargo, sonrías —con ese peligro mortal en el cuerpo— de vez en cuando.

—Ya que los dos tenemos razón, y para no darnos irrevocablemente cuenta de la verdad, preferimos, ¿no es cierto?, irnos cada uno a su casa.

PARA QUE MEDITEN LOS JINETES

Si bien se piensa, no es tan envidiable ser vencedor en una carrera de caballos.

La gloria de ser reconocido como el mejor jinete de un país marea demasiado, junto al estrépito de la orquesta, para no sentir a la mañana siguiente cierto arrepentimiento.

La envidia de los contrincantes, hombres astutos y bastante influyentes, nos tristece al atravesar el estrecho pasaje que recorremos después de cada carrera, y que pronto aparece desierto ante nuestra mirada, exceptuando algunos jinetes retrasados que se destacan diminutos sobre el borde del horizonte.

La mayoría de nuestros amigos se apresuran a cobrar sus ganancias, y sólo nos gritan un lejano y distraído «Hurra», volviéndose a medias, desde las alejadas ventanillas; pero los mejores amigos no apostaron nada a nuestro caballo, porque temían enojarse con nosotros si perdíamos; pero ahora que nuestro caballo ha vencido y ellos no han ganado nada, se vuelven cuando pasamos a su lado, y prefieren contemplar las tribunas.

Detrás de nosotros, los contrincantes, afirmados en sus cabalgaduras, tratan de olvidar su mala suerte, y la injusticia que en cierto modo se ha cometido con ellos; tratan de contemplar las cosas desde un nuevo punto de vista, como si después de este juego de niños debiera comenzar otra carrera, la verdadera.

Muchas damas consideran burlonamente al vencedor, porque parece hinchado de vanidad y sin embargo no sabe cómo encajar los interminables apretones de manos, felicitaciones, reverencias y saludos desde lejos, mientras los vencidos se callan la boca y acarician ligeramente las crines de sus caballos, muchos de los cuales relinchan.

Finalmente, bajo un cielo triste, comienza a llover.

LA VENTANA A LA CALLE

AQUEL que vive solo, y que sin embargo desea de vez en cuando vincularse a algo; aquel que, considerando los cambios del día, del tiempo, del estado de sus negocios y demás, anhela de pronto ver un brazo al cual pudiese aferrarse, no está en condiciones de vivir mucho tiempo sin una ventana que dé a la calle. Y si le place no desear nada, y sólo se acerca a la ventana como un hombre cansado cuya mirada oscila entre el público y el cielo, y no quiere mirar hacia afuera, y ha echado la cabeza un poco hacia atrás, sin embargo, a pesar de todo esto, los caballos de abajo terminarán por arrastrarle en su caravana de coches y su tumulto, y así finalmente en la armonía humana.

EL DESEO DE SER PIEL ROJA

Si uno pudiera ser un piel roja, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas, porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas, porque no hacen falta las riendas, y apenas viera ante sí que el campo era una pradera rasa, habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo.

LOS ÁRBOLES

PORQUE somos como troncos de árboles en la nieve. Aparentemente, sólo están apoyados en la superficie, y con un pequeño empujón se los desplazaría. No, es imposible, porque están firmemente unidos a la tierra. Pero cuidado, también esto es pura apariencia.

DESDICHA

CUANDO ya se volvía insopportable —hacia el atardecer de un día noviembre—, cansado de ir y venir por la estrecha alfombra de mi habitación, como en una pista de carreras, y de eludir la imagen de la calle iluminada, me volví hacia el fondo del cuarto, y en la profundidad del espejo encontré una nueva meta, y grité, solamente para oír mi propio grito, que no halló respuesta ni nada que disminuyera su vigor, de modo que ascendió sin resistencia, sin cesar ni siquiera cuando ya no fue audible; frente a mí se abrió en ese momento la puerta, rápidamente, porque hacía falta rapidez, y hasta los caballos de los coches piafaban en la calle como caballos enloquecidos en una batalla, ofreciendo sus gargantas.

Como un pequeño fantasma, se introdujo una niña desde el oscuro corredor, donde la lámpara no había sido encendida aún, y permaneció allí, de puntillas, sobre una tabla del piso que se estremecía levemente. Inmediatamente deslumbrada por el crepúsculo de mi habitación, intentó cubrirse la cara con las manos, pero se contentó inesperadamente con echar una mirada hacia la ventana, frente a cuya cruz el vapor ascendente de la luz callejera se había finalmente acurrucado, bajo la oscuridad. Con el codo derecho se apoyó en la pared, frente a la puerta abierta, permitiendo que la corriente que entraba le acariciara los tobillos, y también el pelo y las sienes.

La miré un instante, luego le dije: «Buenas tardes», y tomé mi chaqueta, que estaba sobre la pantalla frente a la estufa, porque no quería que me viera así, a medio vestir. Permanecí un momento con la boca abierta, para que la agitación se me escapara por la boca. Sentía un mal gusto en el paladar, las pestañas me temblaban, en fin, esta visita tan esperada no me causaba ningún placer.

La niña seguía junto a la pared, en el mismo lugar; había colocado la mano derecha contra la pared, y con las mejillas ruborizadas acababa de descubrir con asombro que el muro encalado era áspero y le lastimaba la punta de los dedos. Le dije:

—¿Me busca realmente a mí? ¿No habrá un error? Nada más fácil que cometer un error en esta casa tan grande. Me llamo Tal—y—tal, vivo en el tercer piso. ¿Soy la persona que usted busca?

—Calle, calle —dijo la criatura volviendo la cabeza—, no hay ningún error.

—Entonces, entre del todo en la habitación, quisiera cerrar la puerta.

—Acabo de cerrarla yo. No se moleste. Sobre todo, cálmese.

—No es ninguna molestia. Pero en este corredor vive mucha gente, y naturalmente todos son conocidos míos; la mayoría vuelve ahora de su trabajo; cuando oyen hablar en un cuarto, se consideran con derecho a abrir la puerta y mirar qué ocurre. Siempre lo hacen. Esa gente ha trabajado el día entero, y nadie podría amargarles su provisional libertad nocturna. Además, usted lo sabe tan bien como yo.

Permítame cerrar la puerta.

—¿Cómo, qué le ocurre? ¿Qué pasa? Por mí, puede venir toda la casa. Y le repito una vez más: ya he cerrado la puerta; ¿se cree que usted es el único que sabe cerrar una puerta? Hasta la he cerrado con llave.

—Muy bien, entonces. No pido más. No hacía falta que cerrara con llave. Y ahora que está usted aquí, le ruego que se considere como en su casa. Usted es mi invitada. Confíe totalmente en mí. Póngase cómoda, sin temor. No insistiré para que se quede, ni para que se vaya. ¿Necesito decírselo? ¿Tan mal me conoce usted?

—No. Realmente, no hacía falta que lo dijera. Aún más, no ha debido decírmelo. Soy una criatura; ¿por qué entonces tantas ceremonias conmigo?

—Exagera. Naturalmente, es una criatura. Pero no tan pequeña. Ha crecido bastante. Si fuera una muchacha, no se atrevería a encerrarse con llave en una habitación, a solas conmigo.

—No tenemos que preocuparnos por eso. Sólo quería decirle que el hecho de conocerle tan bien no me protege mucho, y sólo le evita a usted el trabajo de mantener conmigo las apariencias. Y sin embargo, quiere hacer cumplimientos. ¡Déjese de tonterías, se lo ruego, déjese de tonterías! Debo decirle que no le reconozco en todas partes y todo el tiempo, y menos en esta penumbra. Sería mejor que encendiera la luz. No, mejor que no. En todo caso, no olvidaré que acaba de amenazarme.

—¿Cómo? ¿Que yo la he amenazado? Pero escúcheme. Estoy muy contento de que por fin haya venido. Digo «al fin» porque es tarde. No puedo comprender por qué ha venido tan tarde. Es posible que la alegría me haya hecho hablar desordenadamente, y que usted haya entendido mal mis palabras. Admito todas las veces que usted quiera que tiene razón, que todo ha sido una amenaza, lo que usted prefiera. Pero nada de peleas, por Dios. ¿Cómo puede usted creer semejante cosa? ¿Cómo puede herirme de ese modo? ¿Por qué desea con tanta intensidad estropear este breve instante de su presencia? Un desconocido sería más condescendiente que usted.

—No lo dudo; no es un gran descubrimiento. Yo estoy más cerca de usted, por mi propia naturaleza, que el desconocido más condescendiente. También usted lo sabe; entonces, ¿por qué toda esta tragedia? Si quiere representar conmigo una comedia, me voy ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿Se atreve también a decirme eso? Es un poco demasiado atrevida. Después de todo, está en mi habitación. Frotándose los dedos como una loca con la pared de mi cuarto. ¡Mi cuarto, mi pared! Y además, lo que usted dice no sólo es insolente, sino también ridículo. Dice que su naturaleza la impulsa a hablar conmigo de ese modo. ¿Realmente? ¿Su naturaleza la impulsa? Su naturaleza es muy amable. Su naturaleza es la mía, y cuando yo por naturaleza me siento amable hacia usted,

usted no puede entonces sentirse sino amable hacia mí.

—¿Le parece eso amable?

—Hablo de antes.

—¿Sabe usted cómo seré después?

—No sé nada.

Y me dirigí hacia la mesita de luz, y encendí la bujía. En aquella época yo no tenía gas ni luz eléctrica en mi habitación. Luego me quedé un rato sentado junto a la mesa, hasta que me cansé, me puse el abrigo, cogí el sombrero sobre el sofá, y apagué la vela. Al salir tropecé con la pata de una silla.

En la escalera me encontré con un inquilino de mi piso.

—¿Ya vuelve a salir, pícaro? —me preguntó éste, con las piernas abiertas y apoyadas en diferentes escalones.

—¿Qué quiere que haga? —dijo—. Acabo de recibir la visita de un fantasma.

—Dice eso tan tranquilo, como si hubiera encontrado un pelo en la sopa.

—Bromea usted. Pero le diré que un fantasma es un fantasma.

—Muy cierto. Pero ¿qué ocurre si uno no cree en fantasmas?

—¿Y usted quiere dar a entender que yo creo en fantasmas? Pero ¿de qué me serviría no creer?

—Muy sencillo. No sentiría temor cuando un fantasma se le aparece realmente.

—¡Oh, eso es sólo un temor secundario! El temor principal es el temor de lo que provocó la aparición. Y ese temor persiste. En este momento lo siento, potente, dentro de mí.

De pura nerviosidad, comencé a registrarme todos los bolsillos.

—Pero si no sintió ningún temor ante la aparición en sí, ¿por qué no le preguntó tranquilamente cuál era el motivo que la provocó?

—Evidentemente, usted no ha hablado nunca con un fantasma. No se les puede sacar jamás una información precisa. Es algo muy oscilante. Esos fantasmas parecen dudar más que nosotros de su propia existencia, lo que no es extraño, teniendo en cuenta su fragilidad.

—No obstante, he oído decir que se puede alimentarlos.

—Está usted muy bien informado. En efecto, se puede. Pero ¿a quién se le ocurriría alimentar a un fantasma?

—¿Por qué no? Por ejemplo, si fuera un fantasma femenino... —dijo, y subió al escalón superior.

—Sí —dijo yo—, pero aun así sería pretender demasiado.

Pensé en otra cosa. Mi vecino había subido tanto, que para verme tuvo que agacharse hacia el hueco de la escalera.

—De todos modos —exclamé— si usted me roba mi fantasma, todo ha terminado entre nosotros para siempre.

—Era una simple broma —dijo él, y retiró la cabeza.

—Entonces no he dicho nada —le grité.

Ahora hubiera podido irme tranquilamente a pasear. Pero como me sentía tan desolado, preferí volver a subir, y me acosté.



FRANZ KAFKA (Praga, 1883 - Kierling, Austria, 1924). Escritor checo en lengua alemana. Nacido en el seno de una familia de comerciantes judíos, Franz Kafka se formó en un ambiente cultural alemán, y se doctoró en derecho. Pronto empezó a interesarse por la mística y la religión judías, que ejercieron sobre él una notable influencia y favorecieron su adhesión al sionismo.

Su proyecto de emigrar a Palestina se vio frustrado en 1917 al padecer los primeros síntomas de tuberculosis, que sería la causante de su muerte. A pesar de la enfermedad, de la hostilidad manifiesta de su familia hacia su vocación literaria, de sus cinco tentativas matrimoniales frustradas y de su empleo de burócrata en una compañía de seguros de Praga, Franz Kafka se dedicó intensamente a la literatura.

Su obra, que nos ha llegado en contra de su voluntad expresa, pues ordenó a su íntimo amigo y consejero literario Max Brod que, a su muerte, quemara todos sus manuscritos, constituye una de las cumbres de la literatura alemana y se cuenta entre las más influyentes e innovadoras del siglo XX.

En la línea de la Escuela de Praga, de la que es el miembro más destacado, la escritura de Kafka se caracteriza por una marcada vocación metafísica y una síntesis de absurdo, ironía y lucidez. Ese mundo de sueños, que describe paradójicamente con un realismo minucioso, ya se halla presente en su primera novela corta, *Descripción de una lucha*, que apareció parcialmente en la revista *Hyperion*, que dirigía Franz Blei.

En 1913, el editor Rowohlt accedió a publicar su primer libro, *Meditaciones*, que

reunía extractos de su diario personal, pequeños fragmentos en prosa de una inquietud espiritual penetrante y un estilo profundamente innovador, a la vez lírico, dramático y melodioso. Sin embargo, el libro pasó desapercibido; los siguientes tampoco obtendrían ningún éxito, fuera de un círculo íntimo de amigos y admiradores incondicionales.

El estallido de la Primera Guerra Mundial y el fracaso de un noviazgo en el que había depositado todas sus esperanzas señalaron el inicio de una etapa creativa prolífica. Entre 1913 y 1919 Franz Kafka escribió *El proceso*, *La metamorfosis* y *La condena* y publicó *El chófer*, que incorporaría más adelante a su novela *América*, *En la colonia penitenciaria* y el volumen de relatos *Un médico rural*.

En 1920 abandonó su empleo, ingresó en un sanatorio y, poco tiempo después, se estableció en una casa de campo en la que escribió *El castillo*; al año siguiente Kafka conoció a la escritora checa Milena Jesenska-Pollak, con la que mantuvo un breve romance y una abundante correspondencia, no publicada hasta 1952. El último año de su vida encontró en otra mujer, Dora Dymant, el gran amor que había anhelado siempre, y que le devolvió brevemente la esperanza.

La existencia atribulada y angustiosa de Kafka se refleja en el pesimismo irónico que impregna su obra, que describe, en un estilo que va desde lo fantástico de sus obras juveniles al realismo más estricto, trayectorias de las que no se consigue captar ni el principio ni el fin. Sus personajes, designados frecuentemente con una inicial (Joseph K o simplemente K), son zarandeados y amenazados por instancias ocultas. Así, el protagonista de *El proceso* no llegará a conocer el motivo de su condena a muerte, y el agrimensor de *El castillo* buscará en vano el rostro del aparato burocrático en el que pretende integrarse.

Los elementos fantásticos o absurdos, como la transformación en escarabajo del viajante de comercio Gregor Samsa en *La metamorfosis*, introducen en la realidad más cotidiana aquella distorsión que permite desvelar su propia y más profunda inconsistencia, un método que se ha llegado a considerar como una especial y literaria reducción al absurdo. Su originalidad irreductible y el inmenso valor literario de su obra le han valido a posteriori una posición privilegiada, casi mítica, en la literatura contemporánea.

Notas

[1] Estas iniciales responden a Max Brod, amigo y editor póstumo de las obras del escritor checo. En el ejemplar entregado a Brod, Kafka añadió la siguiente dedicatoria: «Tal y como figura impreso, para mi queridísimo Max — Franz K.» («So wie es hier schon gedruckt ist, für meinen liebsten Max — Franz K.») (*N. del E. digital*) <<